

## LA CONFESIÓN DE MENTXAKA, 1. Capt.

71/III/7

Mentxaka se despidió con un "hasta luego" de la familia que le venía guardando y salió del portal, no sin antes mirar a izquierda y derecha. Vivía desde hacía un año en una barriada obrera, frente a Altos Hornos de Vizcaya, en Sestao. Eran las dos y media de la tarde del domingo y apenas se veía gente por la calle. Por los bares de la calle Iberia, por donde bajó hacia la estación, los últimos parroquianos se despedían para irse a comer.

Sacó el billete a Bilbao y pasó por el túnel al andén correspondiente. Un hombre de mediana edad paseaba; una mujer joven leía, sentada, una novela; y una pareja se abrazaba. Esperaban al tren. Mentxaka se fijó en ellos y ninguno parecía policía, pero, por precaución, se colocó en uno de los extremos del andén. Llegó el tren y Mentxaka esperó a que todos subieran. Dentro del tren, después de echar una rápida mirada por el departamento, se sentó en una parte donde no había nadie. Acomodó en la cintura la pistola y se puso a contemplar el paisaje de hierros y tubos que conformaba la zona desde Sestao-Iberia hasta Desierto-Baracaldo.

A diferencia de los días laborables, los Altos Hornos estaban silenciosos. No se oía el traqueteo de los vagones transportando los grandes bloques de hierro fundido; las hileras de chimeneas no vomitaban humo y fuego; de las altas torres de hierro no se veían salir los ardientes chorros de colada. Las fábricas como Altos Hornos, La Naval, Aurrera... se amontonaban en desorden, configurando una línea continua de producción. Era un espectáculo agresivo, una monstruosa máquina de degradación del medio ambiente; pero Mentxaka había llegado a identificarse con ese entorno. Se sentía fuertemente atraído por él. Pensaba en los miles de trabajadores que habían dejado parte de sí mismos, en sus esfuerzos, sacrificios y luchas para dar vida al paraje de hierros y fuego.

El tren recorrió Luchana, Zorroza, Olaveaga, y rápidamente llegó a Bilbao. Esperó a que bajaran los viajeros y caminando detrás de ellos subió a la calle. Atravesó el Puente del Arenal y se metió en el Casco Viejo. Llegaba puntual a la cita. Era en el Bar Mesón de los Molinos, en la calle Iturralde. Allí encontró a Anton, Arriaga., Aizkorri y Agirre. Sólo faltaban Txo y Soila para reunir a la Mesa de Herrialde de Bizkaia de ETA VI Asamblea. Menos Arriaga y Aizkorri, todos eran buscados por la policía.

Mentxaka saludó a sus compañeros y pidió un café en la barra. Agirre jugaba en una máquina de bolas. Las múltiples citas en bares le habían hecho adquirir habilidad en su manejo. Mentxaka se

## LA CONFESIÓN DE MENTXAKA, 1. Capt.

acercó y, con el café en la mano, puso atención en el juego. Enseguida llegaron los otros y, al rato, ligeramente separados, se dirigieron todos hacia el piso que tenían dos portales más arriba. Se reunieron en el portal.

- ¿Qué pasa? –preguntó Mentxaka
- Me he dejado la llave en casa –contestó Soila.
- ¿Puedes ir a buscarla?
- Tardaría más de una hora.
- ¿Qué hacemos? –dijo Mentxaka dirigiéndose al grupo.
- Yo tengo un piso que podríamos utilizar – dijo Txo-. Es del comité de la zona, pero por un día no creo que haya problemas de seguridad.
- ¿Está lejos?
- Cerca de la Plaza Elíptica, en la calle Elcano.

Decidieron reunirse de allí a media hora en el piso, y cada uno marchó por separado. A las seis y media de la tarde comenzaron la reunión. Agirre presentó el orden del día y fijaron el tiempo que dedicarían a cada tema. El que más tiempo les llevaría era la discusión sobre la Nueva Ley Sindical, que iba a ser aprobada días más tarde por el Gobierno. Fijaron dos horas y media. En total, con todos los puntos a tratar, le salían siete horas, lo cual suponía, contando media hora de descanso, salir a las dos de la madrugada del piso. No podían abandonar la casa a esas horas. Tenían que recortar los tiempos o quedarse en el piso hasta el día siguiente. Decidieron quedarse.

Serían las once de la noche cuando sonó el timbre de la puerta, corto y seco, sobresaltando a los reunidos. Estos se miraron en actitud interrogadora, como preguntándose quién podría ser a esas horas de la noche. Después de un corto silencio, Anton recordó que horas antes el compañero Txo había salido a unas citas. Aunque no pensaba volver, pudiera ser que, por cualquier motivo, fuera él el que se encontraba al otro lado de la puerta esperando que le abriesen.

- Sí, él debe ser – dijo Mentxaka, aunque no muy convencido.

En el fondo, no descartaba que fuese la policía. Por fin, tras una corta vacilación, Anton se dirigió hacia la puerta. Los que quedaban en la habitación, expectantes, oyeron el ruido de la llave al girar y, de repente, un grito de Anton. Enseguida, el claro sonido de un forcejeo y de pasos que avanzaban por el pasillo hacia la luz que proyectaba la habitación.

- ¡La policía...! ¡La policía...! – gritó alguien, a la par que los militantes, asustados y nerviosos, movían un armario y un sofá en un

## LA CONFESIÓN DE MENTXAKA, 1. Capt.

intento desesperado de montar una barricada desde la que enfrentarse.

Al oír el estrépito de los muebles al moverse, los del pasillo gritaron "¡aquí hay gente, cuidado!"; enseguida aparecieron unas sombras en la parte alumbrada del pasillo y después uno de ellos, que, apuntando con una pistola a la sien de Antón exclamó: "¡manos arriba o le dejo seco al instante!". Detrás, otros tres o cuatro policías, apuntando con sus pistolas a los militantes que dejaban asomar parte de sus cabezas por encima de la barrera que habían colocado.

Mentxaka tenía fuertemente sujeta la pistola en la mano derecha; en la otra dos cargadores repletos de balas. Temblaba ligeramente. A su derecha, Agirre, con una Star y un doble cargador, parecía muy excitado. Ambos apuntaban por debajo del sofá hacia la puerta. Mentxaka calculaba mentalmente las posibilidades de salir de allí a tiro limpio. "Si disparo matan a Anton; además, todo el piso estará tomado por la policía... imposible saltar a la calle desde un tercer piso, y, aunque fuera un primero, estaría rodeado..."

Durante unos segundos de vacilación, nadie se movió. Luego, comprendiendo que era imposible cualquier enfrentamiento, fueron levantándose unos y otros con las manos sobre la nuca, y rápidamente abordados para ser cacheados. Sin que nadie lo apercibiera, Agirre y Mentxaka habían dejado las pistolas debajo del sofá.

Tras el cacheo, los policías empezaron a registrar la habitación y todo el piso en busca de aquello que estuviera relacionado con los detenidos. Los cajones caían con estrépito al suelo, se levantó el sofá...y aparecieron las pistolas. Histéricos, comenzaron a insultarnos: "¡estos hijos de puta tenían una bala en la recámara lista para ser disparada... cabrones!". A un policía, gordo y con gafas blancas, se le escapó un tiro que pasó rozando la pierna de Arriaga. y se incrustó en el piso de madera.

- ¡Yo he sido! – exclamó el del disparo, levantando el revolver.

- ¡Tranquilos, tranquilos! – dijo otro con voz autoritaria, un policía maduro que acababa de entrar alarmado por la detonación y parecía ser el jefe.

Los detenidos seguían con las manos en la nuca, apuntados por dos o tres policías jóvenes, melenudos, vestidos de forma juvenil. Estos seguían insultándoles, aunque, pasado el primer nerviosismo, se veían contentos por la captura que habían hecho y aquello a lo que ésta les podría conducir.

## LA CONFESIÓN DE MENTXAKA, 1. Capt.

Mentxaka intentó coger una libreta que, junto a la propaganda y otros objetos, se encontraba en la mesa, en un desesperado intento de romper las hojas donde tenía apuntadas varias citas, pero su intento quedó frustrado por un golpe al estómago que le derribó al suelo.

A una orden de quien parecía el jefe, fueron esposados de dos en dos, la mano izquierda de uno con la derecha de otro, y conducidos abajo. A Mentxaka le tocó con Agirre, a quien le temblaban ligeramente las piernas. En la calle, algunos curiosos contemplaban el espectáculo. Fueron introducidos en un coche negro, un Seat 1500, y colocados en el asiento trasero entre dos policías. Delante, otro policía y el conductor. Avanzaron por las iluminadas calles de Bilbao.

Mentxaka miraba los radiantes escaparates, las luces de los coches y de los semáforos, se fijaba en la gente que aún paseaba, en una última contemplación de aquel mundo que se le escapaba y al que no sabía cuando volvería. Tenía miedo, no sólo físico, sino también de otro tipo. Los golpes, la tortura, le atemorizaban. Pero lo que más desasosiego y perturbación le causaba era el mirar más allá de la comisaría. La separación de la vida social, el aislamiento político y la desvinculación de sus amigos y compañeros de lucha, la indigencia afectiva, la soledad... perfilaban su vida futura.

Después de cruzar la puerta custodiada por un policía armada llegaron a un pequeño patio interior: estaban en la Jefatura Superior de Policía de Bilbao. Bajaron del coche y rápidamente les condujeron al sótano. Un cabo, responsable de custodiar las celdas, les cacheó nuevamente. A Mentxaka le quitaron el reloj, la cartera, las gafas, el cinturón y el cordón de los zapatos ("para que no tengas intenciones de ahorcarte en un momento desesperado").

Mientras efectuaba su tarea, el cabo se mostraba contento, reía:

- Os han cogido, y os han cogido bien, ¿eh?-. Y, enseñando la pistola que jugueteaba en sus manos, añadió: ¿queréis que os la deje? Tomad, tomad y largaos... si podéis, claro.

Era evidente que la pistola estaba descargada. El cabo quería jugar, y los detenidos eran sus nuevos juguetes.

- No os apuréis. Aquí vais a estar como en casa; mejor aún, como en un hotel; nosotros estaremos día y noche a vuestro servicio.

## LA CONFESIÓN DE MENTXAKA, 1. Capt.

Enseguida les condujeron a uno de los cuartos que servía para interrogatorios. Era cuadrado, sin ventanas ni muebles, salvo unas pequeñas estanterías que bien podían haber servido de archivo. Allí se encontraba Txo, echado en un rincón, con la cara enrojecida y los cabellos revueltos; y con muestras visibles de haber recibido las primeras palizas. Al parecer, había sido detenido a la salida del piso. Era responsable de la Margen Izquierda de la ría. También estaba Anton, como era su costumbre haciéndose caracoles en el pelo. Era responsable de zona de Basauri. Arriaga, con la cabeza escondida entre las manos. Responsable de universidad. Agirre, responsable político de Bizkaia. Mentxaka era su próximo sustituto, ya que Agirre debía pasar en breve a Euskadi Norte. Faltaban por llegar Soila y Aizkorri, responsables de la Margen Derecha y Bilbao, respectivamente.

Era el 7 de marzo de 1971, y se encontraba vigente la Ley de Excepción. Una pregunta se repetía en la mente de Mentxaka: ¿cuántos días nos van a tener encerrados aquí?

Se encontraban separados unos de otros, esposados aún, custodiados por un policía de paisano de unos 45 años, con gafas y aire intelectual. Les miraba con desprecio, como dando a entender que eran unos desgraciados. Realmente tenían un aspecto lamentable: cabizbajos, pensativos, angustiados... más inspiraban compasión que otra cosa. El policía deseaba entablar conversación, más que nada para hacer ostentación de su "capacidad intelectual" y de sus conocimientos sobre la "cuestión vasca":

- Vosotros, ¿qué propugnáis? ¿el separatismo? - . Y, sin esperar contestación, con lacónica ironía: desde luego, sois unos pobres diablos idealistas.

Después, queriendo ser pragmático y razonable, continuó:

- Seguro que todos vosotros teníais un porvenir de rosas, unos buenos estudios que os permitirían vivir holgadamente, en familia, con hijos... Pero, no... hay gente, como el Marxlenin que vive en París, que os inculca ideas absurdas y os pierde.

Esto último produjo tal hilaridad a Mentxaka, que le distrajo por unos momentos. El policía, seguramente para corroborar su argumentación, les preguntó por sus estudios y profesiones. Los detenidos fueron diciendo: maestro industrial, ingeniero de telecomunicaciones, estudiante de económicas, trabajador... La mayoría llevaba varios años en la clandestinidad.

Acto seguido inició una larga disertación sobre el nacionalismo vasco, no se sabe si con la intención de refutar y combatir las "ideas

## LA CONFESIÓN DE MENTXAKA, 1. Capt.

separatistas” o como demostración de sus conocimientos. Según dijo, había leído “Historia del nacionalismo vasco”, de García Venero, para quien el separatismo era “un crimen de lesa patria, o un insensato acto de desesperación”.

Mientras tanto, Mentxaka pensaba en la estrategia a seguir para enfrentarse a los interrogatorios. Le preocupaba especialmente el bloc confiscado, lleno de apuntes, informes, cartas... algunas muy comprometidas, firmadas con el seudónimo de Mentxaka. En ellas quedaban al descubierto algunas de sus actividades y responsabilidades militantes en Bizkaia y Euskadi. No todos los componentes de la actual Mesa de Herrialde conocían sus antecedentes de los dos últimos años. Agirre conocía todas sus actividades durante el último año en Bizkaia; Anton y Txo habían participado en un par de acciones militares bajo su dirección. Igualmente, todos estaban al tanto de que en breve iba a reemplazar a Agirre como responsable político, pero ese detalle no le preocupaba demasiado.

Como primera medida urgente pensaba que tenía que desvincularse del cuaderno y la mejor forma de hacerlo era cambiándose allí mismo el seudónimo. Era consciente de que la letra sería fácilmente comprobada, pero ya se le ocurriría luego algo. Rápidamente se inventó un nuevo alias, el primero que le vino a la cabeza, vulgar y corriente: “Antonio”. El problema consistía en cómo comunicárselo a los demás, tenía que aprovechar aquellos momentos, antes de que les separasen definitivamente.

Empezó a gesticular y a chistear, dirigiéndose primero a uno y luego a otro, para llamar su atención. Primero a Agirre, abriendo bien la boca, vocalizando suavemente de forma telegráfica:

- Yo, An-to-nio... Men-txa-ka, no; yo An-to-nio... Men-txa-ka, no...

Estaba tan enfrascado en su tarea, que le descubrió el policía “intelectual” y, dirigiéndose a él, más por haberle interrumpido en su discurso que porque pensara que sus intentos de comunicar con los compañeros fueran trascendentales para el desarrollo del interrogatorio, le increpó:

-¿Qué quieres?... ¿Qué empiece a hostias contigo? -toda su vulgaridad policial salió a flote-. Y añadió: ¿cómo te llamas?

- José Ramón Goikoetxea – respondió Mentxaka mecánicamente.

## LA CONFESIÓN DE MENTXAKA, 1. Capt.

Enseguida se llamó mentalmente estúpido, idiota, torpe... "¡mira que desaprovechar esta oportunidad para revelar mi nueva personalidad!".

Pero el "intelectual", más necio que él, con violencia imprevista, le cortó:

- El alias, dime el alias!... porque todos lleváis un alias, ¿no?
- Antonio, Antonio...
- ¡A ver, tú! ¿cuál es el tuyo? (dirigiéndose a Agirre)
- Agirre.

Y continuó así preguntando a los demás. Mentxaka no estaba muy convencido de si todos le habían entendido bien. Pensaba que lo de "Antonio" podían interpretarlo como argucia para ganar tiempo, pero no como algo de suma importancia. Evidentemente, desconocían la existencia del cuaderno y sus notas y las preocupaciones que ello le originaba.

Se abrió la puerta y dos policías jóvenes se llevaron a Anton. A los pocos minutos, en la habitación contigua comenzaban los primeros golpes. Se oían con perfecta y tremenda claridad. Las paredes retumbaban y los alaridos de Anton. les atemorizaban.

Mentxaka pensaba que había llegado la hora de armarse de valor, e intentaba infundirse ánimos: "mantener la sangre fría", "no responder a ningún interrogatorio hasta haber reflexionado sobre lo que me conviene decir"... Recordaba los consejos de Victor Serge en su libro "Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión": "en principio, no decir nada"... "cualquiera que sea la situación de un acusado, una defensa firme y hermética, construida de muchos silencios y de pocas afirmaciones y negaciones, sólidas, no pueden más que mejorarla". Como conclusión, se decía: "no, no me dejaré sorprender por el clásico "lo sabemos todo", "tus compañeros ya lo han dicho"... tampoco se dejaría intimidar por las amenazas y palizas.

Por experiencias anteriores en que fue detenido y torturado por la guardia civil, y también por deducción lógica, sabía por donde vendrían las primeras preguntas. La primera sería. "¿dónde vives?". Tampoco podía olvidar las preguntas sobre las pistolas, ya que no las habían cogido a nadie en concreto.

Por nada del mundo quería declarar su domicilio, no sólo por defender a la familia que tan celosamente le había guardado, sino

## LA CONFESIÓN DE MENTXAKA, 1. Capt.

también para impedir que cayeran más documentos y, lo que hubiera sido aún más peligroso, varias metralletas. Nadie conocía su domicilio. En cuanto a las pistolas, en principio estaba dispuesto a negar que alguna de ellas era de su pertenencia. Se prometió a sí mismo callar, callar hasta encontrar una salida.

*[Continúa...]*